roto la losa del sepulcro: hoy es el nombre de Dios mismo el que celebra la Iglesia; mañana el de María: en la primavera, en medio de las flores de la naturaleza, la fiesta del Corpus; en el otoño, entre las hojas que caen y los vientos que las arrebatan, la fiesta de todos los Santos y la de los Muertos.

Pero antes de escribir estos santos regocijos de la nueva ley, es preciso decir algo de las fiestas de la ley antigua. Tambien tenian ellas su poesía y su enseñanza.

SABADO.

El mas antiguo de todos los dias festivos es el Sabado. Observóse primitivamente en memoria del dia en que Dios descansó, despues de la creacion de todo lo que ecsiste.

En memoria del glorioso reposo en que el Eterno goza entre los resplandores del cielo, los patriarcas y la ley de Moisés establecieron el descanso religioso del Sábado. Despues de la obra de seis dias, Dios, la fuerza, el poder mismo, no tenia necesidad de reposo: la Omnipotencia no se fatiga; pero el hombre caido y débil, condenado al trabajo, se cansa de sus rudas jornadas, y Dios que lo conoce, Dios que ve sus sudores y sus lágrimas, ha querido por su bondad que tuviese un dia de descanso.

Así en el Sábado hay recuerdo de poder y de bondad.

Jehovah, el Eterno, despues de haber criado el cielo con los astros que resplandecen en él y los pájaros que vuelan en su inmensidad:

El mar con sus ondas y con sus abismos, con todos los peces que viven en él, y Leviatan, que juega en sus profundidades:

La tierra con sus plantas y flores, sus arroyos y rios, sus desiertos y bosques, y todos los animales que se mueven de dia y que ruedan por la noche:

El hombre y la mujer, aquel con su fuerza y su magestad, ésta con su belleza y su gracia;

Se detuvo el Criador, y observando los detalles y el conjunto de su inmensa obra, dijo: "Lo que he hecho es bueno," y bendijo el sétimo dia, y lo hizo santo.

Así, la celebracion del Sábado debe recordar estas palabras del Altísimo como complemento de la creacion.

La celebracion del Sábado debe mostrarnos tambien que Dios, condenando en su justicia al hombre al trabajo, se compadeció en su bondad de su debilidad, y quiso desde los primeros tiempos del mundo, que tuviese un dia de reposo.

Y para que este reposo fuese bueno, la religion le ha reunido la oracion, y ha hecho bien, porque en las agitaciones de la vida y en las inquietudes que se levantan con el sol, lo que tranquiliza mas al alma es orar; y decid, para que el cuerpo repose mejor, ¿no es preciso tambien que esté reposado el espíritu?

La reja habia apenas abierto algunos surcos en la tierra aún jóven, y el arte de cultivarla no hacia mas que nacer, cuando los patriarcas, primeros patrones de la propiedad y de la agricultura, reposaban el séptimo dia. Entonces, en lugar de templos, no tenian, como Abel, sino altares de césped; pero allí oraban y alababan al Señor que humedece la tierra con el rocío del cielo, así como consuela con sus esperanzas á una alma contristada.

Era acaso en estos dias de oracion y de santo descanso que Dios les hablaba y que los ángeles del cielo venian á conversar con ellos.

Lo que el uso de los patriarcas habia establecido, la ley de Moisés lo consagraba, y la celebracion del Sábado era mandamiento divino. He aquí el testo de la ley:

Exodo. "Acordaos de santificar el dia del Sábado. Trabajareis seis dias, y hareis cuanto tengais de hacer; pero el séptimo dia es el Sábado del Señor vuestro Dios: no hareis en este dia ninguna obra, ni vos, ni vuestro hijo, ni vuestra hija, ni vuestro servidor, ni vuestra criada, ni vuestros animales, ni vuestro huésped, porque el Señor hizo en seis dias el cielo y la tierra y lo que ellos contienen, y descansó el séptimo; bendijo por esto el séptimo dia y lo hizo santo, consagrándolo á su servicio."

Ezequiel dice espresamente que el Sábado y las otras fiestas de Israel son señales que Dios dió á su pueblo para distinguirlo de las demas naciones. *Sabbata mea dedi ipsis, ut essent signa inter me et ipsos;* y tambien: *Sabbata mea sanctificate ut sint signa inter me et vos.*

En el Exodo se dice: "que Dios ha establecido su Sábado entre los hijos de Israel como una señal que les recuerde que el Señor es quien lo santifica. Cualquiera que haya violado el Sábado, será castigado de muerte.

"Y en aquellos tiempos, dice el historiador sagrado, mientras que los hijos de Israel viajaban en el desierto, he ahí que un pobre fué encontrado recojiendo leña seca el dia del Sábado.

"Y la multitud se apoderó de él, porque transgedia la ley del Señor, y lo condujeron ante Moisés y Aaron, diciéndoles: he aquí este hombre, que recojia leña seca el dia del Sábado.

"Aaron y Moisés lo hicieron poner en prision sin saber con qué pena debian castigarle.

"Pero el Señor dijo á Moisés: es preciso que sea castigado de muerte: es preciso que el pueblo lo lapide fuera del campo, porque ha transgedido la ley que prohibe trabajar en obra alguna el dia que yo he hecho Santo.

"El hombre fué llevado á la campaña fuera del recinto del campo, y los que le vieron recojiendo la leña tomaron las primeras piedras y se las arrojaron; luego la multitud lanzó contra él en tanto número, que su cuerpo quedó pronto cubierto; y allí en donde el culpable fué lapidado, succedió como un montecillo que se mostró largo tiempo despues á los hijos de Israel, para recordarles que el dia del Señor era un dia Santo, y que en él no se debia hacer ningun trabajo."

Al ordenar á los hombres un descanso absoluto, una completa ausencia de toda ocupacion del cuerpo ha de verse el pensamiento del divino legislador de los hebreos: él, que habia, antes de hacer las leyes para los hombres, hecho al hombre mismo, sabia que el alma y el cuerpo están ligados tan estrechamente, que si el uno trabaja mucho, tiene el otro poco descanso. El trabajo manual dobla al obrero hácia la tierra, y para descansar se necesita mirar al cielo.

Haciendo Dios la ley que ordena santificar el sétimo dia, quiso que el alma, despegada de los cuidados de la vida ordinaria, tuviese momentos en que pudiese tomar en la soledad y el silencio alas para subir hácia él.

Cuando el pensamiento sube hácia el Señor, acercándose á las nubes, se humedece, por decirlo así, de un celeste rocío y baja entonces de esas alturas con mas fuerzas para soportar el peso de los dias.

La santificacion del sábado no consistia solamente en ese descanso que dan el silencio y el retiro; la oracion en comun delante de los altares la constituian mas bien. Llamados los israelitas al tabernáculo ó al templo al son de trompetas, venian á él el dia del sábado para cantar las alabanzas del Señor y para darle gracias por sus beneficios. El incienso, la mirra y el aloés ardian entonces sobre el altar de los perfúmes; y la sangre de los corderillos ofrecidos en holocausto, enrojecia el altar de los sacrificios en que corrian tambien el vino y el aceite, y al que traian flores y frutos, primicias de las estaciones. El dia del sábado, los sacerdotes ponian sobre la mesa de oro nuevos panes de proposicion y quitaban los viejos. Los ministros del templo entraban de semana el dia del sábado, y los que habian servido en la semana precedente salian en aquel dia.

Se celebraba en fin el sábado en todo Israel, así como las fiestas de una tarde á otra. Comenzaban despues de puesto el sol y acababan á la misma hora. *A vespera usque ad vesperam celebrabitis Sabbatha vestra.*

Estas oraciones hechas en comun delante de los altares y de la pompa de los sacrificios; esos himnos al Señor, tan poéticos, cantados por los levitas y acompañados de arpas, cítaras, salterios, timbales y trompetas, debian elevar las almas de aquel pueblo, que á pesar de sus faltas, sus inconstancias y sus crímenes, valia mas que todas las naciones de entonces.

No eran solamente los sacrificios y las oraciones los que santificaban el sábado entre los Israelitas; el reposo completo, la ausencia de todo trabajo entraban en la santificacion: *Non facies omne opus in eo,* habia dicho la ley de Dios, y para conformarse á ella han llevado frecuentemente los hebreos la obediencia al estremo.

Desde el tiempo de los Macabeos respetaban de tal modo el sábado, que aun cuando estuviese en guerra y los enemigos atacasen, no se creia deber ocurrir á las armas para defenderse en aquel dia.

Despues de aquel tiempo heróico, la nacion judía habia perdido un poco de sus escrúpulos, y cuando hacia la guerra no atacaba al enemigo en el dia del Señor; empero sí se defendia.

Cuando el Mesías recorria los campos de la Judea con sus apóstoles y discípulos, los judíos de entonces se escandalizaron de ver algunos de los que lo seguian, tomar, para apaciguar el hambre, espigas de trigo y frotarlas en sus manos para comerlas.

Era por cierto llevar el respeto del descanso del sábado bien lejos. Así fué que Jesus dijo á los fariseos que le reconvenian por esta accion de sus apóstoles: "¿No habeis nunca leido lo que hizo David cuando se halló en necesidad y que tuvo hambre? ¿El y los suyos no entraron en la casa de Dios en tiempo de Abiatar el sacrificador, y se comieron los panes de proposicion, que solo era permitido comer á los sacrificadores, y no dieron tambien á los que iban con ellos? El sábado es hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado, de suerte que el hijo del hombre es aun señor del sábado."

Correspondia á aquel que es la misma sabiduría esplicar á los hombres lo que debia ser el dia de santificacion y descanso, y los judíos, en verdad, tenian necesidad que el *espíritu* viniese á vivificar la *escritura,* porque es dificil comprender hasta qué punto de ecsajeracion habian llegado algunos fariseos en cuanto á la observacion del sábado. Se ve en algunos rabinos que habia entre los judíos, quienes llevaban el escrúpulo hasta no pelar ni cocer una manzana, matar un insecto que los picaba, cantar, ni tañer un instrumento.

Los samaritanos no encendian fuego en aquel dia, ni se movian en manera alguna si ya no era para ir á la casa del Señor.

El número de pasos que era permitido hacer el dia del reposo de Dios era fijado, y esta medida de distancia se llamaba el *camino del sábado.* San Lúcas nos enseña que el monte de los Olivos estaba á distancia de Jerusalen lo largo del camino que se puede hacer el sábado. *Sabbathi habens iter.* De Jerusalen al Jardin de los Olivos se cuentan seiscientos veinticinco pasos. Era, pues, este el espacio que se permitia recorrer en el dia santo.

FIESTAS JUDAICAS.

No tenian los hebreos que celebrar solamente el sábado con oraciones y descanso; celebraban tambien otras fiestas, y cada una de ellas era una conmemoracion de su historia. Su legislador sabia que no hay memoria durable si no se refiere á una idea religiosa. Y todos los aniversarios gloriosos del pueblo de Dios se celebraban en el recinto del pueblo y en derredor de los altares. Así la religion, que dura siempre, presta ecsistencia á las cosas humanas que pasan tan de prisa. Esta es la sabiduría.

El Año Sabatico, que venia cada siete años y que estaba destinado entero al descanso, y el Año del Jubileo, que se celebraba al cabo de siete veces siete años, se habian establecido para recordar la memoria de la creacion del mundo por estas diferentes especies de sábado, de *sétimo* dia, de *sétimo* año y de *sétima* semana de años.

Estos años eran descansos concedidos á la tierra y á los hombres que la riegan con sus sudores. Durante el año Sabático y el año del Jubileo, se suspendian los trabajos: el arado permanecia inactivo.

Lo que la tierra producia de sí misma, pertenecia al primero que se apoderaba de ello. Los frutos que doblaban las ramas con su peso, los racimos de las viñas, las olivas de los plantíos del llano, podian ser cosechados por los pobres que no poseìan un pedacillo de tierra, y que ni aun tenian un manojito de yerba propio de que disponer.

Aquellos que tenian una pobre parte en la vida, se regocijaban con el retorno de estos años establecidos para ellos. Mientras que duraban éstos, los estranjeros, los huérfanos y los esclavos venian á ser como los propietarios, dueños absolutos de cuanto la benévola naturaleza hacia brotar.

El año Sabático comenzaba el 1.° de Setiembre y acababa en igual dia, de suerte que se podia recojer toda la siega, los frutos del *sesto* año y hacer las siembras para el *octavo*.

Habia Dios ordenado que los esclavos se pondrian en libertad durante el año Sabático, á menos que no quisiesen renunciar libremente á su derecho, dejándose horadar una oreja en presencia de los jueces, para manifestar así que se empeñaban en perpetua servidumbre, ó á lo menos hasta el año del Jubileo, que era á ojos de todos el gran año de gracia y libertad.

Este año del Jubileo tan deseado del pueblo de Dios, y que tornaba á venir cada cuarenta y nueve años con una larga y gozosa fiesta, tenia aun mas prerogativas que el Sabático. Libertaba aquel aun á los que habian renunciado á su libertad en otra época, y reponia en posesion de sus bienes y de sus herencias á aquellos que se habian visto reducidos á la necesidad de venderlos ó empeñarlos.

Con la actual civilizacion, semejantes años de gracia, de compadecimiento y de igualdad serian imposibles. Las partes están hechas á cada uno, y el pobre no tiene delante de sí la esperanza de un sétimo año de descanso y comodidad: nuestros legisladores han pensado mas en los que poseen que en aquellos que carecen de un rinconcillo de tierra que sembrar. Dios no habia querido que fuese así en su pueblo. En una vida toda de miseria y trabajos, él dispensaba algunos buenos años como para dar paciencia á aquel que no tenia en la tierra ni dicha ni riqueza; concediéndole algunos años, hacia que el pobre aguardase sin irritacion los años eternos que se encuentran del otro lado de la tumba.

Esta tregua dada al trabajo, á la miseria, es de echar menos, porque me persuado que en los años Sabático y del Jubileo, se complacia el Criador en hacer la tierra mas fértil que los años ordinarios, regando sobre ella todo mas abundantemente, como prepara un padre de familia un banquete mas grande si aguarda mas hijos á su mesa. Me figuro que nunca se vieron en los vergeles los árboles mas cargados de fruto, ni los viñedos tuvieron mas racimos que en estos años de propiedad comun. El que alimenta á los polluelos de los pajarillos, el que tiene los tesoros de la abundancia, gustaba de hacer buenos los años de gracia instituidos para los pobres, los estranjeros, los huérfanos y los esclavos.

La Pascua venia antes de las otras fiestas. Era esta el gran aniversario de la libertad, el dia en que Israel se sustrajo del yugo de Faraon, el dia en que se rompieron los hierros de la esclavitud: así, para manifestar que no se debe permanecer sentado en casa del estranjero, sino que es preciso marchar hácia la comun patria, habia ordenado Dios que los que celebraban la Pascua se tendrian en pié, ceñida la cintura, con sandalias y báculo, como viajeros presurosos de llegar.

La palabra hebrea *pascha* significa *paso*. Recordaba así á los israelitas su paso de la servidumbre á la independencia, y les traia tambien á la memoria el paso del ángel esterminador entre los primeros nacidos de los egipcios, cuando este mensajero de la venganza del Señor heria con su terrible cuchilla en todas las casas que no estaban señaladas con la sangre del cordero.

La Pascua se celebraba el catorceno dia del mes *Abib*. Comenzaba la fiesta en *las dos vísperas*, es decir, entre la caida y el ocaso del sol, ó segun nuestra manera de contar, entre las dos y las seis de la tarde.

El quinceno dia principiaba verdaderamente la gran fiesta, que duraba siete dias: era este el tiempo de los regocijos de familia. Se comia entonces el cordero en comun, y si habia odios entre los parientes, debian estinguirse con estos hechos en nombre del Dios que ha dicho: "No dejarás que el sol se ponga sobre el rencor que guardes á tu hermano."

El cordero que se inmolaba para la Pascua debia estar sin defecto, ser macho y nacido en el mismo año.

Teñiase con la sangre de este cordero lo alto y los bajo de la casa, con el fin de que viendo el ángel esterminador esta señal, pasase adelante y no tocase la familia.

Era tal la obligacion de celebrar la Pascua, que si alguno cometia una pequeña negligencia en esto, era condenado á muerte: *Exterminabitur anima illa de populis suis*. Los que habian tenido legítimo impedimento por enfermedad ó viaje, y los que acababan de asistir á funerales, debian trasferir la celebracion de la Pascua al segundo mes del año, al catorce del mes *Phiar*, que corresponde á los meses de Abril y Mayo.

Se ve por los reglamentos establecidos para la celebracion de esta grande fiesta, cuánta importancia daba el legislador de los hebreos á que guardasen los hijos de Israel un perpetuo recuerdo de su salida de Egipto, y habia gran sabiduría en querer arraigar en el pueblo la memoria de su libertad, porque los israelitas no podrian recordar el yugo quebrantado de Faraon, sin acordarse de todos los prodigios y de todos los beneficios que Dios hizo á sus padres: y la nacion que no olvida lo que la Providencia ha hecho por ella, y que no se hace ingrata, será una nacion digna de estimacion y de felicidad, en tanto que aquella que señale sus anales por el amor del cambio y la inconstancia, será compadecida de los pueblos graves, mas no tendrá en su seno sino tumulto, desórden y turbacion.

Cuando los israelitas celebraban religiosamente las fiestas establecidas por Moisés, cuando permaneciendo fieles al Dios de sus padres. no iban á danzar ante el becerro de oro, eran felices y potentes; pero cuando por el amor de la novedad se dejaban llevar por dioses estranjeros que los arrastraban fuera de los senderos trazados por sus leyes, entonces se embriagaban con blandas delicias en fiestas impías, y como Sanson bajo las tijeras de Dalila, perdian su dignidad, su fuerza y su libertad.

Lo que se veia en los tiempos antiguos lo vemos hoy, y el sol va esclareciendo siempre las mismas desgracias, consecuencias de las mismas faltas.

Cincuenta dias despues de la Pascua, los hebreos celebraban la solemnidad de Pentecostes: esta fiesta era la conmemoracion de la ley dada sobre el monte Sinaí, cincuenta dias despues de la salida de Egipto. Magnífica memoria que recordaba que Dios mismo, en medio de rayos y relámpagos, habia hecho venir á su servidor Moisés para conferenciar con él y darle sabias y santas leyes para su pueblo.

Contábanse siete semanas despues de la Pascua hasta Pentecostes, lo que hacia que los judíos llamasen á esta fiesta de las Semanas.

La fiesta de las Trompetas anunciaba el principio del año, y como el dia con que comienza es igual á aquel en que acaba, así como el sol no es ni mas bello ni mas resplandeciente cuando nace que cuando se pone, han creido los hombres deber señalarlo de algun modo: nosotros tenemos nuestras visitas, nuestros deseos de buen año; los israelitas tenian sus salvas de trompetas el dia primero del año que empezaba. Era esta fiesta en Israel mas bien civil que religiosa; sin embargo, Moisés ordenó que se ofreciesen sacrificios en este dia al Señor de los siglos.

La Neomenias, ó los primeros dias de cada mes, era como una sucesion de la fiesta de las Trompetas. Eran estas aún una señal en la division del tiempo. No obligaba la ley al descanso en los dias de las Neomenias, pero ordenaba sacrificios y oraciones en el templo.

La fiesta de la Expiacion se celebraba el décimo dia del mes *Tizri*, que era el primer dia del año civil; llamábase tambien fiesta de *Chippur* ó *Kippur*, que significa perdon. Habia sido instituida para desarmar la justicia de Dios por el arrepentimiento, las lágrimas y los sacrificios.

Así, para que el año que comenzaba fuera feliz, se arrepentian de los pecados cometidos el año que concluia. Desde aquel tiempo se sabia que el arrepentimiento es la primera inocencia de los hombres, y que nada es tan agradable al Señor como un corazon contrito y humillado. Así Israel en esta fiesta del perdon se humillaba en el polvo, lloraba y gemia delante del Dios de las misericordias, y todos sus hijos prosternándose á un tiempo como un solo hombre, aguardaban en silencio que algunas gotas de la aspersion de los sacrificios, viniesen á caer sobre ellos para lavarlos de sus manchas y borrar sus faltas.

En esta fiesta, que era una de las mas solemnes, el gran sacerdote, despues de haberse lavado no solamente los piés y las manos, como para los sacrificios ordinarios, sino despues de sumergirse enteramente en la piscina, se revestia los vestidos de simple lino: los vestidos espléndidos, los ornamentos de oro, no iban bien á los sacrificios expiatorios, y no se adornaba con ninguna de la pompa de los altares; pero se avanzaba hácia el *Sancta-Sanctorum* con la túnica de los demas sacerdotes.

Llegando al altar de los sacrificios, inmolaba primero un becerro y un carnero por sus propios pecados y los de los demas sacerdotes, ponia las manos sobre la cabeza de las víctimas, y confesaba sus pecados y los de su casa; recibia despues de las tribus dos cabrones por el pecado, y un carnero para ofrecer un holocausto en nombre de toda la multitud.

Sorteábase para saber cuál de los cabrones se inmolaria al Señor, y cuál se dejaria en libertad.

Cuando se habia designado la víctima, el gran sacerdote tomaba fuego sobre el altar de los holocaustos y lo ponia en un incensario, y echando incienso en él, entraba al santuario envuelto en una nube de perfumes.

Despues de su oracion, levantaba el velo sagrado, volvia al altar de los holocaustos y ofrecia en sacrificio al cabron que por suerte debia inmolarse.

Tomaba despues sangre del becerro sacrificado al principio, y la llevaba en un vaso de oro detras del velo del Sancta-Sanctorum, y allí, poniendo los dedos en la sangre de la víctima, salpicaba siete veces en rededor del arca.

Despues de esta aspersion salia de nuevo del santuario, tomaba sangre del cabron inmolado, y se servia aún de ella para hacer aspersiones en el santuario, en el tabernáculo y en el recinto del templo. Mientras duraban estas purificaciones, estaba solo en presencia de Dios; ningun sacerdote lo acompañaba, y la multitud, que permanecia fuera de la tienda sagrada ó del templo, no podia verlo.

Purificados así el santuario, el recinto del templo y el altar, se traia al gran sacerdote el cabron emisario, ó *Azazel*, como algunos lo llamaban, y poniendo el pontífice la mano sobre la cabeza de aquel, confesaba sus propios pecados y los del pueblo.

Concluida esta ceremonia simbólica, y cargado el cabron con los pecados de la multitud y las imprecaciones del sacerdote, se le llevaba á un lugar desierto y se le dejaba allí en libertad, ó era, segun otros, empujado por su guia en un precipicio en donde pereciese.

Y solamente despues que se cumplia con todas estas cosas, volvia á tomar el pontífice del Señor sus vestiduras de gran solemnidad, el superhumeral, el racional y la ropa color de jacinto, y revestido así con magnificencia, inmolaba en holocausto dos carneros, uno por él y el otro por todos los hijos de Israel.

Terminábase así la fiesta de la Expiacion entre los hebreos; fiesta llena de figuras proféticas. Para apaciguar al Altísimo, y que su misericordia des-

armase su justicia, los hombres que vivian bajo la antigua ley, no tenian que ofrecer mas que toros y becerros, cabrones y carneros, corderillos y palomas, pan y vino, frutos y flores; y Jehovah, aguardando la grande expiacion, el gran sacrificador y la gran víctima, se dignaba aceptar estas ofrendas, símbolos misteriosos del sacrificio de la ley nueva, que es el único digno de la Magestad divina, puesto que es solo un Dios que se inmola á Dios.

La fiesca de los TABERNACULOS era para los judíos lo que la del *Corpus* es para nosotros, la fiesta mas risueña, la mas poética, la fiesta de los campos y de los bellos dias, la fiesta de las palmas y de la verdura.

Esta solemnidad, que el pueblo de Dios gustaba tanto celebrar, habia sido instituida para recordar á los hijos de Israel el largo tiempo que habian permanecido en el desierto, cuando no tenian moradas fijas, ni casas, ni ciudades, y que iban donde placia á Dios conducirlos. Al pensar en los dias que pasaron en el desierto, y los de marcha, cruzando los paises de Moab y Amalec, se forzaba á los judíos á traer á la memoria todos los prodigios obrados y todos los beneficios estendidos sobre ellos: la nube durante el dia, y la columna de fuego por la noche; y el agua que surgió de la roca al golpe de la varilla de Moisés, y el maná que caia del cielo como un dulce y misterioso banquete; y, sabedlo, para las naciones así como para los individuos, es bueno y saludable recordar los dias primitivos, los dias de la niñez, porque cuando estos pensamientos de inocencia llegan al espíritu, uno se siente mejor, se hace mas puro para que haya menos distancia entre nosotros y los dias pasados.

Y con grande alegría, en la última bella estacion del año, cuando la tierra, habiéndose ya cubierto de abundancia, habia dado á los hombres las mieses y los frutos, salia Israel de las mansiones de piedra de sus ciudades ceñidas de altas murallas, y se estendia en los campos para vivir en ellos por siete dias, bajo las frescas bóvedas que formaban los árboles.

Allí no habia trabajo, inquietud, negocios ni tumulto como en la ciudad. Allí el aire embalsamado de las flores, el aspecto risueño de los campos, la alegría de las comidas tomadas en comun bajo la enramada; allí la armonía de los cánticos sagrados, su poesía y este apacible contentamiento que acompaña las fiestas religiosas.

En aquellos dias los jóvenes iban á los bosques y sobre el borde de los torrentes, y arrancaban de los árboles las ramas mas frondosas, y agobiados bajo esta carga de verdura volvian á sus padres, á sus madres y hermanas: y la familia junta levantaba, consolidaba y adornaba la tienda ó tabernáculo que debia habitar en la santa y gozosa semana.

Nosotros vemos pueblos amantes de fiestas, y reyes que quieren procurárselas para evitar que aquellos se irriten contra el poder: mas estas fiestas, á pesar de decretos, edictos y leyes hechas para establecerlas y hacerlas populares, se quedan sin movimientos del alma, sin himnos de gracia, sin probabilidad de duracion. Bajo los pórticos, levantados á fuerza de gastos, pasa la multitud indiferente: la curiosidad hace abrir los ojos; pero ningun entusiasmo hace latir el corazon, y ¿sabeis por qué?.... Porque el Dios de la vieja patria, el que ha regocijado la juventud de nuestros padres, no ha sido llamado á estas fiestas, y el pensamiento que las ha establecido, no ha sido puro, justo ni religioso.

Entre el pueblo de Dios no era así: y he aquí por qué sus regocijos han pasado al traves de todos los dolores de los siglos, y que aun hoy en las tristes sinagogas de los judíos, hay como un pálido reflejo de la fiesta de los Tabernáculos.

¡Oh, cuán bellas debian ser estas poéticas solemnidades en los campos de Idumea, bajo su cielo azul, cuando los habitantes de las ciudades juntándose á los de los campos, animaban las soledades y erizaban los valles y las colinas de los ribazos y el borde de los torrentes con sus millares de habitaciones de ramos! ¿Veis esa larga fila de hombres y mujeres, de viejos y niños? En medio de todos los tabernáculos del pueblo marchan en órden hácia el tabernáculo del Señor. Los niños y sus madres, los jóvenes y vírgenes, los viejos y los sacerdotes llevan todos en sus manos ramos de palmas, de sauces, de mirtos y limoneros. De estos últimos penden aún los dorados frutos, y toda aquella multitud parece de lejos un bosque móvil.

Al rededor del altar de los holocaustos, en donde cada mañana y cada tarde se ofrecen sacrificios, riegan los sacerdotes vino, aceite y agua pura de la fuente de Siloe: y mientras que el gran sacerdote, revestido con su ropa color de jacinto, con campanillas de oro en el borde, ruega por Israel, agita el pueblo sus ramos y sus palmas, y grita al Señor ¡Hosanna! ¡Hosanna! Esto ha hecho que se llamen tambien estas, que se celebraban al principio del otoño, fiestas de los *Hosannas*, ó fiestas de las *Palmas*.

Habia aún la fiesta de las SUERTES, ó de *Purim* ó *Phurim*, fundada en memoria de la libertad de los judíos que Aman quiso hacer perecer: venia en en el mes *Adar*, que corresponde á Febrero. Antes de tirar la suerte, daban siempre limosna los hebreos cerca de la urna en que estaban los dados, y colocaban allí otra urna para dejar caer en ella la moneda destinada á socorrer á los que comen con sus lágrimas el duro pan de la miseria.

Se ve, pues, así, que ha largo tiempo que los hombres quisieran ganar á Dios para ponerlo de su lado: cuando iban á tentar la fortuna para procurarse una suerte favorable, hacian un bien. Puede esto ser una supersticion, pero yo no la reprobaré.

El dia en que Judith libertó á Israel dando la muerte á Holofernes, habia sido mirado como una fiesta por mucho tiempo despues que la mujer fuerte de Betulia hubo bajado con su gloria al sepulcro de Manasés.

Los aniversarios de la *Dedicacion del Templo*, de la *Muerte de Necanor*, del *Descubrimiento del fuego sagrado bajo Nehemías*, de la fiesta de la *Gilofora*, en la cual se llevaba al templo la leña, eran dias santificados por el reposo y la oracion, por himnos y sacrificios.

Estos dias, agradables al pueblo, lo eran tambien á Dios, porque eran todos recuerdos de la patria, siendo Dios mismo quien ha puesto el amor de la patria en el corazon del hombre. El dia en que les ordenó honrar las tumbas de sus abuelos, seguir las leyes dadas á sus padres, guardar sus usos, defender el altar, el templo, ó el tabernáculo en que habian orado, aquel dia les hizo el mandamiento de amar la patria, porque la patria es lo pasado guardado por lo presente y legado al porvenir. Es la generacion viva que vela sobre las cenizas de las generaciones muertas, y que dice á las que deben seguir: Amad lo que hemos amado, honrad lo que hemos honrado, y que nuestro Dios sea para siempre el vuestro.

¿El pueblo que ama el cambio, ama acaso la patria? Yo no lo creo. El hombre que trastorna la casa paterna y que, para vivir á su gusto, desacomoda la tumba de su madre, no es hijo respetuoso.

Despues de haber dado como de carrera el resúmen de las fiestas del pueblo judío, voy á tratar de hacer ver que nuestras solemnidades cristianas no son menos bellas ni menos poéticas que las que celebraban los hijos de los patriarcas, los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob.

Nosotros somos otro *pueblo de Dios*, y los dias que santificamos fué el Señor mismo quien los santificó.

Cuando nos trasportamos de nuestra mansion del campo á la iglesia que preferimos á las otras, porque en ella se casaron nuestros padres, porque allí fuimos nosotros bautizados, porque en ella nuestras madres nos enseñaron á orar, orando con nosotros; cuando me dirijo yo por el camino que conduce á la iglesia de la aldea, admiro las riquezas de los campos que atravieso, todos dones de Dios. Aquí gozo del esplendor del sol, que se estiende por el llano dorado; allí gusto del frescor de la sombra, que halla el viajero al borde del camino para refrescarse y descansar. Así, pues, para llegar á las fiestas del catolicismo, que amo mas que las otras, he pasado por las de los israelitas, admirando y diciendo lo que tenian de bello, de bueno y saludable para el pueblo que las celebraba. El Dios cuyas alabanzas cantamos con el órgano, es el Dios que David alababa con su harpa: el Dios cuya gloria descendió al templo de Salomon, es el Dios que reside en nuestras magníficas catedrales y en nuestras humildes iglesias de aldea. Solamente el Eterno, el Señor de los señores, el Altísimo, Jehovah sobre el monte Sinaí, es el Dios poderoso, el Dios terrible. Así se muestra en la antigua ley, en tanto que en la nueva admiramos mas su bondad que su poder. Con Moisés es tan espléndido de magestad, que para no morir al ver tanto esplendor, oculta el gefe de los hebreos su faz contra la tierra: Jesus, con los apóstoles, está tan lleno de dulzura y mansedumbre, que los niños vinieron con confianza entre sus rodillas para que los bendijera.

En los cuadros que vamos á hacer de las fiestas cristianas, se hallará, lo esperamos, el espíritu del catolicismo; y si conseguimos mostrar las bellezas y la enseñanza que se hallan en estas solemnidades, habremos concebido, lo decimos de antemano, una obra útil, porque es bueno hacer amar á los hombres lo que en las agitaciones y fatigas de la vida les procura mas reposo: y, ya lo hemos dicho, el cuerpo no reposa sino cuando goza el alma de la paz. ¿Y puede el mundo darle esta paz? No. Sus turbias aguas no pueden apagar la sed incesante que atormenta á la sociedad humana: para desalterarla es menester conducirla á las puras ondas de Siloe, aquellas aguas vivas de que habla el Evangelio, y que la samaritana obtenia bajo las palmas, oyendo la divina palabra que alivia, que consuela y que salva.

DOMINGO.

ANTES de hablar de las fiestas de los hebreos, hemos descrito la solemnidad del sábado: antes de bosquejar las fiestas cristianas, establezcamos la santidad del DOMINGO.

Para honrar el dia de la resurreccion del divino Maestro, establecieron los apóstoles que fuese el dia de santificacion de los cristianos el domingo, primer dia de la semana segun los hebreos, y el dia consagrado al sol por los paganos. Desde el tiempo de San Juan el evangelista, se llamaba este dia *dies dominica*.

San Bernabé en su epístola dice: "Celebramos este dia con alegría, en memoria de la resurreccion de nuestro Señor, porque en tal dia salió del sepulcro."

San Ignacio el mártir, en su carta á los magnesios, quiere: "Que honremos este dia del Señor; dia de resurreccion, el mas bello y escelente de los dias."

San Justino dice: "Que los cristianos se juntaban en aquel dia, porque era el de la creacion del mundo." San Ireneo, Tertuliano, Orígenes, dicen lo mismo.

Llevado San Justino ante Marco Aurelio, y yendo al martirio, revela al emperador idólatra toda la escelencia del domingo.

"En el *dia del Señor*, dice, que otros llaman *del sol*, nuestros hermanos de las ciudades y de los campos se juntan en un mismo lugar y se leen allí los escritos de los apóstoles ó los libros de los profetas. Concluida la lectura, el que preside la asamblea toma la palabra y ecshorta á los asistentes á que practiquen las mácsimas que acaban de oir: todos se levantan luego para orar, y se ofrece en seguida vino con agua, que se distribuye á los fieles. Despues de la consagracion y las acciones de gracias, y antes de separarse, los que pueden contribuir al alivio de los pobres y á la libertad de los cautivos, depositan sus dones voluntarios. Nosotros escogimos el Domingo para juntarnos, porque es el primer dia de la creacion del mundo, y el en que nuestro Señor Jesucristo resucitó de entre los muertos."

¿Qué cosa mas pura, mejor, ni mas santa que este domingo primitivo? ¡Juntarse como hermanos para amarse cada dia mas, comer el mismo pan sagrado en la misma santa mesa, alabar juntos á Dios, y juntos socorrer á los pobres, consolar los